

Prólogo a: Lolo, Eduardo. *Después del rayo y del fuego. Acerca de José Martí*. Madrid: Editorial Betania, 2003. Páginas 9-19

## PRÓLOGO

¡Penas! ¿quién osa decir  
Que tengo yo penas? Luego,  
Después del rayo, y del fuego,  
Tendré tiempo de sufrir.

José Martí

La cuarteta anterior es la primera de la poesía XXXIV de *Versos Sencillos* (1891), el pequeño poemario que escribió Martí, enfermo y agotado, mientras se recuperaba en el campo (fuera de Nueva York), adonde el médico lo había “echado”, según su confesión. Más adelante habla de “un pesar profundo”, que no es otro que la esclavitud de los seres humanos, la cual identifica Martí como “la gran pena del mundo”. Y termina refiriéndose a unos montes altos, a los que hay que subir primero antes de mirar quién ha herido el alma propia.

Desgraciadamente, el Martí hombre no sobreviviría el rayo y el fuego de sus circunstancias históricas. Herido mortalmente junto a los montes altos, no alcanzaría a conquistarlos más que en sueños; otros se encargarían de subirlos y reducir la pena de aquel mundo, en esfuerzo extendido por varios años. No tuvo entonces la oportunidad de sufrir en privado quien había sido, fundamentalmente, sufrimiento público. Sin tiempo para mirar quién le había puesto el alma a morir, murió primero que su alma, según él ya moribunda desde antes. Pero quedaron sus versos, y su prosa, y su ejemplo. Martí muerto sobreviviría con creces al Martí vivo.

Alcanzada la independencia de Cuba en 1902, era de suponerse que el Martí sobreviviente habría logrado, finalmente, la licencia deseada para el sufrir privado. Mucho había que leer al respecto, dándole al autor, a través de la respuesta del lector, esa posibilidad pospuesta de identificar sueños y verdugos. El Martí individuo, quien todo lo escribía, había dejado suficiente testimonio de su intenso (des)vivir, escondido aquí y allá en su vasta obra, como para intentarse, con amplias posibilidades de éxito, ‘cerrar’ de algún modo su ciclo de vida más allá de la política y las ideologías. Pero no fue así.

Durante el siglo transcurrido desde entonces, una nueva versión del rayo se encargaría de seguir posponiendo la ansiada meta. La descarga aterradora no llegaría esta vez, como la anterior, a través del Atlántico. Los ejecutores serían ahora los propios cubanos; sus armas: la demagogia. Prácticamente no ha habido desalmado en la historia política criolla que no haya intentado disimular el vacío en su pecho con el nombre de José Martí. El latrocinio, el nepotismo, la corrupción y las más flagrantes violaciones de los derechos esenciales de los cubanos han sido enmascarados durante décadas por la retórica ‘martiana’ de oradores de rostros blindados de generaciones múltiples. El castrismo ha sido, por su extensión temporal y la intensidad diabólica de su deshacer histórico, quien más ha contribuido a la descarga. Pero ello es algo de lo que no puede culparse únicamente a Fidel Castro. Éste, y todos los que le antecedieron en el intento, no habrían logrado nada sin el decidido concurso de los escritores mercenarios de quienes ya había hablado el mismo Martí: esos intelectuales que, como denunció

certeramente, todas las tiranías tienen a mano para que piensen y escriban, para que justifiquen, aténen y disfracen el rayo y el fuego, “porque con la literatura suele ir de pareja el apetito de lujo, y con éste, viene el afán de venderse a quien pueda satisfacerlo. Por casa con coche y bolsa para queridas vende la lengua o la pluma mucho bribón inteligente.”<sup>1</sup>

Cuba, sin ser deficiente en héroes, ha sido prolífera en bribones inteligentes. Según sus obras, Gerardo Machado era martiano, y Fulgencio Batista, y Fidel Castro por supuesto. Para ‘verificarlo’, sólo basta leer las páginas amarillentas (más bien de vergüenza, que no de tiempo) de tanto material impreso en Cuba a la sombra de tiranos. El proceso ha sido ya, afortunadamente, lo suficientemente denunciado como para no poder pasar inadvertido: las lenguas y plumas vendidas no pueden disimular más la etiqueta con el precio. De ahí que aunque el rayo puede seguir siendo tan fulminante como siempre, no logre engañar a nadie, excepto a aquellos que por miedo, oportunismo, soborno o chantaje, decidan seguir siendo parte del engaño.

La nueva variante del fuego es mucho más sutil. Como la versión original, está íntimamente ligada al rayo, aunque ha sido menos denunciada dado lo reciente de su factura. Parte, fundamentalmente, del rechazo a Martí de las últimas generaciones de cubanos nacidos y/o formados bajo el castrismo, quienes lo asocian con la tragedia, el horror y las vejaciones que determinarían sus experiencias vitales. Si Martí fue “el autor intelectual” de la desvida que padecen o padecieron (como durante décadas se les ha hecho creer) nada más lógico que extiendan hasta Martí su repudio a Castro. La forzada ecuación nación=estado=gobierno=Revolución=Castro se ha extendido a Martí. Por obra y (des)gracia del proceso falsificador, el discurso martiano se coliga con el castrista bajo los rótulos despectivos de forzado dogmatismo político, mesianismo nacionalista, anti-americanismo y otros marbetes afines. La falacia de que la obra política de Martí fue continuada o culminada por Castro se ha repetido tanto, que hasta muchos que niegan decididamente al segundo no han podido evitar la extensión de su rechazo al primero.

A fin de ‘racionalizar’ tal impugnación, el estamento intelectual, so pena de naufragar en la evidencia, ha comenzado a practicar cierto malabarismo ideológico que intenta culpar a Martí de todos los males de la historia cubana posterior a su prédica. Su digna intransigencia, su nacionalismo y su anti-imperialismo son expuestos como posturas extremistas que, al extenderse como una enfermedad por el cuerpo político nacional, habrían determinado el colapso de la primera república y la aparición de su caricatura totalitaria posterior. Consecuentemente, propician una reivindicación del autonomismo o el anexionismo como variantes que, de haber alcanzado éxito, nos habrían salvado de todos los males políticos de los últimos 100 años.

El fuego, como siempre, se viste de colores vistosos, tal y como puede apreciarse en el resumen del párrafo anterior. Las opciones históricas propuestas no hay dudas que, aceptadas superficialmente, pueden parecer válidas, particularmente ante los ojos de quienes estén bajo los efectos de la desesperación y/o la frustración histórica. Sólo que, como todo acto circense, tales alternativas tienen más de ilusión o prestidigitación que de realidad. Aunque el tema merece un tratamiento mucho más profundo, no quiero dejar de recordar que los intentos cubanos por lograr con la España colonial acuerdos semejantes a los alcanzados por algunas colonias americanas con Inglaterra fueron tan constantes como infructuosos. Los gobiernos españoles de la época (incluyendo el republicano) nunca procuraron ni dieron muestras de aceptar una salida cordial y civilizada al problema cubano; antes bien fueron sus reacciones variantes de una misma actitud que pudiera ilustrarse con la terca y fatídica decisión final de mantener a Cuba como colonia

---

<sup>1</sup> José Martí, *Obras Completas*, Tomo 12, (La Habana: Editorial Nacional de Cuba, 1966). Página 276.

hasta “el último hombre y el último peso”<sup>2</sup>. En ese sentido el autonomismo, tras su ropaje de diálogo refinado y búsqueda de consenso, no ocultaba otra cosa que la cobardía y/o el colaboracionismo de sus propugnadores. El colonialismo español fue siempre un interlocutor sordo, cuando no traicionero, como bien comprobaron los firmantes del Pacto del Zanjón.

Por otra parte, la anexión de Cuba a los EE.UU., como posible solución al desgarrador conflicto armado, habría sido algo del todo anacrónico en 1898. Unos pocos años antes Martí había denunciado, alarmado, los últimos estertores expansionistas del coloso del norte. Y con toda razón; nada había de extremismo en su sobresalto. Sin embargo, para finales de siglo la opinión pública norteamericana había evolucionado de manera tal que habría rechazado cualquier tipo de intento al respecto. Si la anexión hubiese sido un desenlace posible en 1898, las Filipinas serían hoy un estado más de la unión, condición que ni siquiera se le ha otorgado a Puerto Rico, todavía debatiéndose en un limbo jurídico sin aparente solución a corto plazo. La Guerra Hispano-Americana marcó, por el contrario, el inicio de una tendencia todavía vigente: la ocupación territorial de naciones extranjeras por tropas norteamericanas sin el consiguiente intento de anexión que, históricamente, ha caracterizado tales ocupaciones. De no ser así, formarían parte de la Unión Americana países tales como Francia, Italia, Japón, Haití, Panamá, Kuwait, y otras muchas naciones en los cinco continentes que el pueblo norteamericano ha liberado en su momento (al precio de las vidas de no pocos de sus mejores hijos) para luego retirarse sin intentar anexarlas. La famosa teoría de la manzana madura (todavía vigente en tiempos de Martí) ya no era más que un fósil político digno de caricaturas en 1898 ó 1902. Corroboraba lo anterior que la derogación, años más tarde, de la Enmienda Platt, se hizo pacíficamente, por cordial resolución de las dos partes.

Así, pues, nunca hubo posibilidad alguna de que Cuba fuera para España lo que el Canadá fue para Inglaterra o lo que Hawai sería para los EE.UU. La España colonial no lo quiso nunca; Norteamérica, si alguna vez lo deseó seriamente, ya no lo pretendía en 1898. Agotado el lapso vital del integrista, resulta evidente que el autonomismo y el anexionismo, carentes de fórmula viable alguna, no fueron más que intentos dilatorios contra el independentismo, motivados por el miedo o la ambición de quienes tenían mucho que perder, materialmente, en una nueva guerra de independencia cuya inevitabilidad trataron de conjurar. Hay que reconocer, sin embargo, que sus temores al respecto estaban bien fundados y sus pronósticos, en sentido general, se cumplieron: en tres años de guerra la economía cubana quedó casi reducida a cenizas; la tea mambisa alcanzó mucho más que los campos de cañas. El saldo humano fue más trágico aún: miles de cubanos y españoles morirían en combate o por enfermedades epidémicas; otros muchos fallecerían por desnutrición, víctimas del traslado obligatorio del campesinado hacia las ciudades, última atrocidad del colonialismo en Cuba. Pero a pesar (y, en no poca medida, como consecuencia) de todo ello, la República, con todas sus posibles (y hasta previsibles) deficiencias y anomalías natales, era el único término factible entonces, la exclusiva opción tangible. Achacarle sus defectos capitales a Martí –incluyendo, para colmo, el aborto totalitario– no es más que un forzado acto de venganza demagógica de autonomistas y anexionistas trasnochados de historia. Lo que tuvo de malo la república fue, precisamente, lo que *no* tuvo de Martí.

Pero esta nueva versión del fuego va mucho más allá de un debate académico de interpretación histórica. Una de las características de las llamas es la formación de humo, que sirve para ocultar a la vista de otros lo que no se quiere que vean. Las postrimerías del castrismo coinciden, en algunos de sus aspectos, con el final de los tiempos coloniales; como si el hijo de

---

<sup>2</sup> De un discurso de Cánovas del Castillo pronunciado el 3 de febrero de 1891. Apud Enrique Piñeiro, *Cómo acabó la dominación de España en América* (París, 1908), página 126.

un soldado de Valeriano Weyler se hubiese propuesto la forzada repetición de una misma historia. Ante la inminente desaparición física o la incapacidad mental del tirano, las filas cubanas en este nuevo cambio de siglo aparecen en divisiones semejantes al anterior. Por un lado, la minoría de cortesanos, bufones y siervos de manos ensangrentadas (y/o almas de esclavo) que desearían la eternización del castrismo en su estado actual (los herederos directos del integrismo decimonónico). Por el otro, una oposición en la que se aprecian tres tendencias fundamentales, la unión de las cuales representa la mayoría del pueblo cubano, tanto dentro como fuera del país. Forman esa oposición fragmentada los ‘intransigentes’, quienes trabajan por una Cuba democrática con ruptura total con el castrismo, incluyendo lógicos reclamos de justicia; los ‘moderados’, quienes preconizan una ‘transición’ que incluya al séquito castrista, dejando impunes sus crímenes; y un tercer grupo (paradójicamente más numeroso en la Isla que en el exilio) que sigue pensando que sólo la anexión a los EE.UU. podría solucionar los problemas de Cuba.

Los llamados ‘moderados’, como herederos naturales del autonomismo, ven en los ‘intransigentes’ el escollo principal para un cambio ‘pacífico’ en el país; de ahí que traten de atacarlos en su raíz histórica fundamental: la intransigencia martiana. Detrás del poderoso tinglado neo-autonomista están grandes intereses económicos de capitalistas sin escrúpulos y neo-integristas que desean convertir la Cuba post-Castro en una factoría de mano de obra feudal, como ya han logrado en China y Viet Nam, por ejemplo. La ‘nomenklatura’, convertida en socio capitalista de intereses foráneos, garantizaría el ‘orden’ en la fuerza laboral, en una especie de totalitarismo capitalista donde una vez más los trabajadores tendrían todas las de perder. El vergonzoso proceso, en realidad, ya está en marcha.

Los ‘moderados’ tratan de justificar este extraño maridaje de comunistas y capitalistas en la suposición de que una liberalización económica habrá de conducir, a largo plazo pero pacíficamente, a las libertades políticas. La historia demuestra, precisamente, todo lo contrario: no fueron las relaciones de producción capitalistas las que propiciaron la democracia, sino que fue la democracia la que hizo posible, dado el grado de libertad inherente a la misma, el desarrollo de una economía también libre. El neo-autonomismo, en términos criollos, no propone otra cosa que colocar la carreta delante de los bueyes. Consecuentemente, el resultado no puede ser otro que la inmovilidad. Ahora como entonces.

El neo-anexionismo, por otra parte, no es más que el alarido agónico de una gran auto-frustración, propiciada por el rotundo fracaso del castrismo y el éxito económico, político y cultural del exilio. Para quienes en la Isla ven cada día reducido a una literal batalla por la supervivencia, la imagen triunfadora de los cubanos en el extranjero se torna la única meta ansiada, el sueño solitario de generaciones múltiples. Y como quiera que no toda Cuba puede trasladarse a los EE.UU., ¿no sería la solución traer los EE.UU. a Cuba? Esta gran utopía delirante, devenida en la esperanza terminal para muchos, tropieza (espero) con la decidida oposición de la mayor parte del pueblo cubano, tanto en la Isla como en el exilio. Pero su gran escollo lo representa la misma actitud del vecino del norte, renuente a extender sus fronteras más al sur de Cayo Hueso. (La experiencia de los últimos tiempos ha demostrado que la gran sombrilla del poderío norteamericano no alcanza a proteger ni siquiera sus fronteras actuales.) De ahí que ahora como siempre –y posiblemente más que nunca–, la solución a los problemas de Cuba sólo pueda encontrarse en el esfuerzo mancomunado de sus propios hijos de buena voluntad, tanto en la Isla como en el exilio.

Neo-autonomistas y neo-anexionistas alcanzan un inusitado punto de convergencia en su apoyo a la actual venta del país a la inversión extranjera en términos cuasi feudales. Las

expectativas de unos y otros se basan en la presencia foránea en Cuba, preferentemente norteamericana. Hasta la permanencia del cortejo castrista en el poder –incluso después de desaparecido el propio Castro–, muchos de ellos la ven, asombrosamente, como algo positivo o un mal menor y transitorio. Huelga comentar el alto grado de desesperación, frustración o autoengaño imperante en unos y otros (suponiéndoles buenas intenciones) como para que personas cultas y aparentemente inteligentes puedan arribar a tales conclusiones. Semejante ‘alianza’, fácilmente identificable como la zona más letal de las llamas, amenaza con consumir la esencia misma del orgullo nacional cubano.

Aclarados los conceptos del rayo y del fuego en su versión contemporánea, se entiende entonces la necesidad de seguir profundizando los estudios martianos al margen de la poderosa maquinaria gubernamental castrista y sus viejos y nuevos aliados: la izquierda fosilizada y el capital inescrupuloso. Respondiendo a esa necesidad histórica es que he hecho de Martí, durante los últimos 12 años, el objetivo fundamental de mis estudios e investigaciones. Resultados directos de esa dedicación han sido *Mar de espuma. Martí y la Literatura Infantil* (1995) y mi edición crítica de *La Edad de Oro*, esta última aparecida en el año 2001. La presente compilación recoge otros trabajos resultantes de dicha aplicación que, aunque publicados en su mayoría en revistas y otras colecciones, no habían sido recogidos nunca en un mismo volumen. Los elementos estéticos, más propensos a la región del alma herida, prevalecen sobre los políticos, de carácter casi siempre circunstancial. Consecuentemente, confío en que estos estudios puedan ser de utilidad una vez superado el sitio del rayo y del fuego que el martianismo enfrenta en la actualidad. La fecha de aparición de esta obra la convierte, por otra parte, en algo así como mi homenaje personal al 150 Aniversario del Natalicio de Martí, el cual, como libro publicado, de particular se torna colectivo, en tanto que producto del esfuerzo de muchos.

La condición de “mina sin acabamiento” del *corpus* martiano permanece vigente. Esta compilación, aunque modesta, es una prueba más. Sigue el ejemplo de decenas de libros sobre Martí escritos y/o publicados en el exilio, de muchos de los cuales se habla en el último de los ensayos de esta colección. De ahí que esta entrega pretenda honrar no sólo a Martí, sino a todos los que de él se han ocupado con dignidad y decoro en el exilio y el “insilio”. Martianistas igualmente dignos y decorosos de nuevas generaciones habrán de incorporarse, de seguro, a la extracción de más sueños y pesares de las insondables galerías martianas y, eventualmente, a la fundación de esa Cuba soñada “con todos y para el bien de todos” que el mismo Apóstol nos dejó de anhelo –y que *sí* es posible. Llegado ese momento, habrán sido del todo conjurados el rayo y el fuego que han perseguido a Martí y a todo su pueblo por más de un siglo. “Hay montes, y hay que subir/Los montes altos” reza, ya casi al final, el poema con que comenzó esta Introducción. Cada cubano tiene que determinar dignamente, desde el punto de vista histórico, su propio monte alto. Y no descansar hasta que jadeando llegue, eufórico y radiante, a *su* cumbre. Entonces, y sólo entonces, “Veremos, alma, quién es/Quien te me ha puesto al morir.”

Nueva York, otoño del año 2002.